

Antología Poética

Ulises Varsovia

Bajo la noche enemiga (de: Jinetes Nocturnos. 1974)

Todo ha sido un despertar de obscuras amapolas,
hacia arriba elevaciones declinantes, agobiadas,
enfermas en su rapidez por lo infecundo acudida,
y rotos maderos incansablemente vencidos,
ya sin substancia de esfuerzos vegetales,
allí pálidos de piel, vacíos e inconsistentes.

Frente al mar, de noche cerrada y adversaria, nada.
O bien tal vez un incendio apagado me busca,
una llama que no escucho me quema en lo insensible.
Porque de algún lugar salen mis gritos lamentables
como aves que han burlado su propio sometimiento,
y tratan ellas, no sé, tal vez intentan, y en la costa nada.

Desmesurada vastedad me entregan el tiempo y la tierra,
no puedo tanto ser con todo lo que tengo.
Porque si alguna vez, oh invasoras pertenencias,
oh avalancha inabarcable de incontenibles flores,
hoy para mí sólo un rapto, apenas en lo que existo,
y no ya lo que ya no sus insignes cantidades.

Se puede substituciones de efímera vigencia,
de lirio descontrolado a geranio en erupciones,
y en todo origen de miel perseverar otras alas,
no hacer ruido sobre oníricas y obscuras amapolas.

Pero en todo despedida hay un volver sollozando,
y sobre todo en el mar, frente a la noche enemiga,
hay un grito que responde y angustiado sobrevuela,
y picotea mi jaula por mis manos defendida.

Porque la noche escucha (de: Jinetes Nocturnos)

Lloraremos esta noche de materia acongojada,
doblegaremos la frente ante su espada siniestra,
nada de lo que amamos podrá defendernos.

Muere de noche lo estoico, la épica resistencia,
los licores del violín que acompañaron la ruta,
y en los extremos del pájaro que cantó para nosotros
un ala de murciélago recoge el equipaje,
los ojos del carbón alumbran con violencia,
el sacerdote del silencio reza.

Esta noche cantaremos.
Los sagrados apotegmas exigen nuestros labios,
en cada ser que llora hay un oráculo en trance,
podríamos odiar, y nadie lo sabría,
o cometer un perdón que el castigo no castiga,
entrar como una flor demente amenazando,
nadie abriría los ojos abiertos humillados.

Una rapsodia que calla nos conmueve,
la ausencia del agua moja nuestras vestiduras
y el frío que nos quema llora de impotencia:
alguien nos traiciona, alguno de nosotros no ha muerto.

Nada de lo que amamos ha venido,
y el luto forcejea herido en su victoria,
luchando contra un ángel que le es adicto.

¡Callad!, nadie mire con odio la hora enemiga,
lloremos ciegamente con los ojos perdidos,
y aquél que traicionó revoque sus sonidos,
porque la noche escucha, y reza su sacerdote.

Ocurrir como un trueno (de: Aguas tumultuosas. 1976)

Ocurrir como un trueno salvaje en las noches de invierno,
volver al relámpago prístino, puro que fuimos,
perder nuestro rastro muy dentro en nosotros buscando,
sellar el origen con denso misterio y penumbras totales,
no ser porque amamos, no amar porque somos:
no dulce ternura si besos infieles.

El ciclo ancestral del amor en lo adiós o la muerte se cierra.
Crece la luz como un niño desnudo llorando en el alma,
su aciago destino es morir sin llegar al extremo del tiempo,
sin que toque su lenta agonía el conjuro sagrado del sueño,
vagabundo que cae al otoño y devuelve la tierra y regresa.

No hablemos de aquellas palabras que nadie osaría asumir,
callemos promesas difuntas que llevan el luto de viuda,
es dulce otorgar direcciones, es cierto, en las tiernas raíces,
despojarnos de orgullo y costumbres de recia prosapia
invistiendo de plenos poderes la aurora que nace y nos ciñe.

Es dulce acosar nuestras alas rompiendo los velos triunfales,
caer de rodillas humildes al pie de los dioses que nacen,
torcernos la ruta besando extranjeros designios que irrumpen.
Es dulce el tenaz cautiverio de amar las cadenas que amamos
mudando de sueños, quemando costumbres, rompiendo raíces.

Ocurrir en la noche telúrica ausente o total en el sueño,
sin cruel patrocinio de voces lejanas que exigen,
directo hacia atrás galopando en obscura estampida,
no ser porque amamos su triste mirada en la muerte,
no amar porque somos y es triste su triste mirada existiendo.

Es sólo un día (de: Aguas tumultuosas)

Es sólo un día que pasa sobre mi existencia,
un pétalo más del tiempo en su desarrollo:
nada ocurre más allá del corazón en llamas,
nada sucede más lejos que morir de a poco.

En mi ser lleno de guerras y mutaciones,
convulsionado y sangriento de resistencias,
he atravesado las horas hacia la noche,
agónico en la vorágine de sus estrategias.

Es que las horas, el tiempo doméstico que usamos,
su humillado servilismo que mueve los relojes,
en el fondo de sus abstracta naturaleza terrible
guarda un rencor implacable contra los hombres.

Y dispone en el espacio matemático que ciñe,
con su fría exactitud de fiera cazadora,
hechos de sangre que ocurren adentro de su garganta,
un de pronto interrumpirse las vidas o las cosas.

Entonces paso, y mi ser perseguido y asediado,
lo intrínsecamente mío que no alcanzo a definir,
emite pasos confusos huyendo hacia la noche,
gira adentro de las horas asesinas sin morir.

Y en la noche donde el frágil reposo de los viajeros
duerme en medio del rencor amenazante del tiempo,
allí escucho que un día navega hacia la muerte,
y no hay nada más allá que ir muriendo y muriendo.

Miraban en ti (de: Alianza. 1977)

Miraban en ti la alegría
y el viento,
y el agua y la fruta creciendo
miraban en ti por tus ojos, amiga.

Mucho que vino a vivir en tu vida
o en tus sueños,
suelen allí sus recuerdos.
Mucho que vino a vivir, todavía.

De pronto, alguna vez pensativa
o durmiendo,
parece que fueran tan lejos...
De pronto que ya nunca más volverían.

O cuando el otoño y las hojas heridas
cayendo,
que fueran también a caer, macilentos.
O cuando triste, ¡qué miedo de hierirla!

Miran en ti por tus ojos, amiga,
frutos creciendo
y el agua y el viento.
Mira por ti la dorada alegría.

Primero el terror (de: Alianza,)

Primero el terror de la noche
adherida a la tierra,
primero su aliento malsano
insuflando de luto los sueños,
y el ritmo, el pulso de la muerte
asustando el desenlace de los sueños.

De fría venganza es el nombre de Dios
que llevamos escrito en la infancia.
No podremos huir de su santa piedad,
no podremos morir para siempre.

Tuya es la memoria de los siglos.
Acércame tu amor incorruptible
para llorar de atrición
en aguas incorporadas,
fiel mi traición a su tráfuga estilo.

Con un ángel de plena pureza
rondando mi interior celosamente...
¿Podremos decir algún día
que amamos y fuimos amados?
¿Podremos odiar algún día?

Al terror de la noche cayeron
para siempre todas las palabras,
para siempre el control de los sueños,
para siempre el amor y lo amado.
Tuya es la memoria de los siglos.

Encrucijada (de: Cólera de amar.1977)

A la encrucijada de los testamentos
concorre la sangre con títulos raídos,
pálida su certidumbre reminiscente.

Junto al lecho ancestral de agonía
monta vigilia un ejército opaco.
El que yace entre espasmo y delirio
no sabe en la muerte, rodeado de fantasmas.

Más allá de las últimas enfermedades
se dirimen los rasgos definitorios.
Verificados decesos aclaran
el confuso perfil de los pueblos errantes.
Las raíces gobiernan el agua.

Un ejército opaco penetra
en el tiempo inaugural de la muerte.
Ondea el estandarte de la cacería.
Aparecen sobre el mundo los ausentes.

El que agonizó entre espasmo y delirio
ha regresado a su patria silvestre, en la tierra,
y no supo jamás el misterio sagrado
de sus huéspedes postreros.

Para vosotros su vida gastada
inscrita en la tierra con huellas enfermas.
Cada cual haga suyo su propio destino,
la máscara original desenterrada.
Mañana será con vosotros la muerte,
un trozo de certidumbre testamentario.

Mares (de: Cólera de amar)

Mares los ruidos del mundo
en la noche costera,
albas sortijas de espuma viniendo
a quebrar su cristal en la arena.

Aguas, océano cruel propagado
en terrible reguero de asedios bramantes,
límite hostil que la luna levanta
contra un planeta de muertos metales.

Mar en la playa, dormido en la arena,
escuchando hasta los huesos romperse tus ruidos,
tus seres bramando su estrépito ronco en su vientre,
tronando de furia nocturna tus hijos.

Ay, son los náufragos tuyos que guardas, hambrienta,
son las almas que en ti forcejean
queriendo escapar de su obscura garganta.
Son tus muertos que asoman de noche a la arena.

Son mares los ruidos del mundo,
son ulular de las ánimas no rescatadas,
nos moriremos de espanto en la costa nocturna
donde se asoman y gritan agónicos nautas.

El bosque de Petrohué (de: Tus naufragos, Chile. 1993)

A la raíz ciega del tiempo
apela mi estupefacto asombro,
mi encandilado ser sobrecogido
en el pétreo perfume de un bosque
cuyas hebras sumergen sus ligamentos
en la remota aurora de erupciones y saurios.

De aquella edad, cuando el hielo imperial
duró permaneciendo, o amontonó morrenas
socavando la roca, hundiendo el granito,
delineando el áspero perfil de los lagos,
de aquel tiempo de horario de piedra
cuando el grito gutural estremecía el aire,
y el fuego vaginal redujo el sílex a caldos
de proteicos zumos, de minerales brebajes,
de allí se desprendió la prímola silvacea,
el primer brote de voluntad vegetal,
la raíz de este bosque de penetrantes sustancias.

Toco la madera de estirpe imperial,
acaricio el musgo de diminutos estambres
que el paso felino del puma austral
o las alas de aves guerreras rozaron,
palpo la fibra de sutiles conductos,
sus filamentos de seda o luz material
que la savia erigió de minerales disueltos.

Estoy solo en la espesa selva
rodeado de estalactitas silvestres,
ebrio de incontenibles emanaciones
brotando de la misma vertiente del tiempo,
apoderándose de mis sentidos hasta anularlos.

Ahora acerco mi oído a la piel rugosa
donde lluvia, frío y silencio porfiaron,
conecto mi interior al sacro misterio
de las emanaciones de limo institutriz
y desbordantes hidratos gestarios,
pego mi ansiedad de siglos vegetales
a la cáscara húmeda de ungüentos terrestres,
y un temblor de élitros truncos,
un murmullo de coleópteros muertos
sin fin transcurriendo,
un derrame de lluvias genitales
late en la madera y me devuelve el tiempo.

Mudo centinela de las edades muertas,
oh tú, viejo guardián de la senda del trueno,
en ti transcurso y floraciones

duran y se repiten, girando,
en ti el águila terciaria anidó,
y tus ramas sostuvieron nieve y granizo,
y lidiaron con el rayo de filo incendiario.

Mi estupefacto ser en ti para siempre,
mis dedos de sed iracunda en tu copa,
mi voz sigilosa en tus ramas como la brisa,
mi oído en tu corteza recuperando milenios,
mi ansiedad de zumos terrestres a tus raíces,
mi sueño vegetal a tu largo sueño, padre.

Chiloé (de: Tus náufragos, Chile)

Escribo sobre una costa hirsuta

que las coordenadas de sal procelosa
y abismal desvarío de iras terrestres
dispusieron como un perfil corroído
donde mar y granito, asalto y resistencia
señalan el pulso frenético de la geografía.

Nadie estuvo allí cuando las lenguas glaciales
lamieron su amenaza atroz
quebrantando la pétrea cintura
hasta descontrolar el orden del planeta.

Los hielos milenarios congregados
desconyuntaron la piedra con su peso sideral
desmembrando granito y sílex, roca abismal,
materias que el roce del agua guerrera aplacó
y redujo a frontera de polémico embate.

Un archipiélago, entonces,
un mar interrumpido de islas
inscribió su ser disperso en la geografía,
y el viento austral indagó sus latitudes,
y la lluvia elevó bosques de impenetrables perfumes.

Pueblos cuya prosapia
aúlla sus huesos extintos
en el confín de los ventisqueros inalcanzables,
pueblos que las tormentas finales
dotaron de acérrimo aguante y largas fatigas,
anclaron su errar ciego al pie de la niebla,
y allí entonces bullicio y alfarería,
arduo trajín de embarcaciones y peces,
arquitectura olorosa a vuelo y resinas,
comunidad de rostros con ojos como el océano.

Los hijos de las rutas salobres
clavaron sus aldeas de escamas resinosas
en la encrucijada de los húmedos vientos,
y surcaron la tierra con sus manos agrietadas
haciendo saltar tubérculos, bulbos fibrosos,
amasijos de luz oval, pulpa lustrosa,
granos que el sol doró de rojos destellos.

Ahora recorro los pueblos de pulso bullente,
los puertos que el mar polemiza, en la orilla,
interrogo los rostros donde el océano ondea,

piso los fríos guijarros que el agua lame, gastando,
entro en las iglesias como en un bosque dormido,
palpo la ruda piel de la artesanía,
y todo me devuelve en un delgado temblor
a la edad sepulta, a la niebla virgen,
a la lluvia primaria mojando las islas,
al vagar de los pueblos por las rutas salobres.

Amo, Chiloé, tu torrencial geografía
disgregada en la espuma destellante,
tu arquitectura que la madera abraza
como una madre silvestre sublimada,
tu pueblo auroral de mágicos dedos,
tus iglesias donde penetro temblando
y rezo transido de aromas terrestres,
tu mar procelosa erizada
de olas y peces y estrellas,
tu mar que guarda como rituales ofrendas
los huesos de los pescadores muertos,
la cal de tus hijos devueltos al útero sacro.

La mar (de: Canciones de otoño. 1993)

¿Escuchas un ruido sonar, Claire,
un ruido ascender, quebrarse en espumas,
estallar en el aire poderosamente
y descender como estrellas caídas?

¿Escuchas de noche, tras los cristales,
un crepitar como de nueces rodando,
un como aguas dolorosas y azules
recogiendo y estirando sus lenguas sonoras?

Es la mar que me reclama, esposa,
es mi madre, mi novia o mi amante
que me busca por toda la tierra
con su voz de doncella gimiente.

Es que era obscuro de noche, ¿sabes?
Es que hacía frío entonces, en la ribera,
y sólo el ruido de la mar inmensa,
sólo sus besos sulfúricos tatuándome.

No puedo huir de ella, esposa.
¿No oyes su ruido gemir tras los cristales?
¿No escuchas sus sirenas enloquecidas
atravesar mis sueños con sus cánticos tristes?

Ella con su estampida de espumas ebrias,
ella con sus brazos innumerables rodeándome,
ella en el tiempo desnudo, en la orilla,
la mar con sus aguas dolorosas y azules.

Arquitecturas (de: Capitanía del viento. 1994)

Capital de los vientos del sur de la tierra,
por tus interminables escaleras
sube la aurora con sus peces muertos cada día,
sube la luz temblorosa del alba
y alumbrá tu prodigiosa arquitectura colgante.

Como naves que el viento despeñó de los cielos,
o arrojó el mar de su dominio bravío,
pueblan tu pecho sinuoso enfermos bajeles
que aúllan de espanto cuando las tormentas
te cruzan pulsando tus lúgubres jarcias.

¿Cómo, qué manos sortílegas, madre,
qué dedos mágicos por tus laderas,
por tu escarpado perfil tejiendo, hilando,
amarrando al viento mástil y arboladura,
velamen y espacio indócil atrapado?

De la ruda artesanía de tus hijos nocturnos,
de tus hijos sumergidos en un océano espeso,
de tus hijos que lidiaron con el mar su harina,
de allí techumbre hospitalaria, adobe y barro,
morada equilibrándose en la geografía.

Y día tras día por tus cerros hirsutos
se expandía tu prole litoral multiplicada
apuntando al mar la quilla de sus barcas,
como una gigantesca armada multiforme
emergiendo de la niebla o de los sueños.

Prodigiosa ciudad, de tus techumbres,
de tus altas terrazas innumerables,
de tus ventanas donde el océano suena,
emprenden el vuelo viajes y quimeras,
zarpan largas travesías oceánicas.

Y mientras por tus calles desquiciadas
repite el viento los gritos de tus náufragos,
mientras mar afuera aúllan barcos perdidos,
duerme en el interior de los toscos aposentos
tu prole exhausta mecida en el vaivén del agua.

¿Quién, si sonidos? (de: Capitanía del viento)

¿Quién azucenas marinas,
quién su penetrante olor
a flores nocturnas deshojándose,
a pétalos de luz estelar en la orilla,
si mis pies nuevamente por tus arterias,
si mi voz nombres rotos por tus esquinas?

¿Quién a mis manos, ciudad, quién tus sortijas,
quién el nimbo de la noche encallada,
quién violentas violetas equinocciales
sacudiendo su polen somnífero en mis párpados,
y el beso voraz de tus pálidas ninfas,
y el ala del sueño de tus nigromantes?

¿Quién si mi voz quebrada restallara,
si desde tus fantasmales calles
rostros que el esfuerzo intenso desdibuja,
rostros como los viajes, quién, madre amada?

¿Quién a tu ceño gris deshojado,
quién a tu orilla nocturna aterida
una ráfaga de idiomas inescrutables,
un cortejo de peces brillantes sonando,
el mar tañendo su vientre sombrío?

¿Quién, ciudad parpadeante, en el sitio
donde trazas de fría orfandad,
donde insistencia de tristes sirenas,
donde sueños temblando, quién, si gritara?

¿Quién, oceánica nodriza, si el agua,
quién si el agua otra vez su sonido,
su plañidera sonata por tus calles,
quién si sus cuerdas la antigua melodía?

¿Quién, madre nocturna, si mis dedos,
si mis manos cóncavas hacia los cielos,
si con todas mis fuerzas, quién, desde el tiempo?

Coordenadas (de: Abasalena. 1993)

Años profusos crecía
aire y silencio,
cuando espacio circuído
donde retratos
más y más en el tiempo,
u hojas cuyo lentamente
lo persistiendo aferradas y ruina.

De lo náufrago, ¿quién,
cuántos podrían?
¿Quién entonces voz,
cuántos en bruma a la orilla?

Y de lo sueño y rumores,
de lo de dónde y nocturno,
¿quién manos o papel,
quién labios su intento?

Húmedo y disoluciones,
iracundo y alas abruptas,
nadie intensidad abrupta,
nadie adustas islas cantando,
desmedido en lejos lo insistente.

¿Es que planetas en la raíz
su instancia,
es que ciegas coordenadas?
¿Es que aves luctuosas entonces
sino, sueño y contingencia?

Años silencio y transcurso,
años grito y desvarío,
¿quién en lo genital graznidos?
¿Quién tinieblas en la semilla?
Abasalena.

Selene (de: Abasalena)

A luna que alrededor inscrita
sideral soledad atribuciones,
mágico numen que sortilegios,
que hipnótica luz ensimismada,
mares sumisión, mares pleitesía,
aguas servidumbre lúdica danza,
oceánica población homenaje.

Selene pálida luz remota,
ingrácida, inmácula y casta,
magnéticos hilos voluntades muertas,
prestidígita coyote ulular,
lechuza cántico en trance,
lobos desgarradas cuerdas erguidas,
bosques ebrias pupilas enajenadas.

Es que equidistante empuje orbital,
es que centrípeta presión balance,
materias cósmicas que tiempo extensión,
que extravagancia ocultos poderes,
que tacto de esferas sus atributos.

Luna entonces infalible sagitaria,
luna mágica pupila encantadora
que oceánicos mares sus potestades,
que terrestres seres sus sortilegios,
que extraviados vates su numen.

Desde los espejos (de: Aguas y Naufragios. 1995)

Adentro de los espejos
de las viejas habitaciones,
en la dimensión secreta del tiempo
donde aún miles de rostros,
donde el mismo rostro repetido
y no idéntico, perseverando,
repitiéndose imperfectamente,
luchando su permanencia de cada día.

En el rictus amargo pronunciado,
en las facciones casi estalladas,
en la línea del mentón cediendo,
en la frente sombría agitada
de íntimas tormentas emergentes,
en el pesado mohín de los ojos
yuxtapuestos en dirección a la noche,
en las alas claudicantes de la boca...

A los espejos cada día, desnuda,
la bitácora de la derrota,
cada día las luchas oscuras
cayendo a la recámara del tiempo,
perpetuándose en sus galerías.

A las viejas habitaciones
el viajero en la sed sumergido
con su alforja pesada de viajes,
y desde el interior de los espejos
una lenta procesión de rostros,
un desfile interminable
de retratos irreconocibles,
de máscaras gesticulantes
cuyas facciones sueño y desvarío,
cuyos rasgos puertos en bruma.

Náufragos u oníricos huéspedes,
gesticulantes rostros
por las extraviadas galerías,
y el ser desde sus travesías
apenas brumosas memoranzas,
apenas furtiva reunión de rasgos.

¿Adónde volver, y regresar de veras,
adónde con viajes e itinerarios,
con extenuantes climas, con lechos,
con habitaciones penetrantes?

¿Quién podría jurar aquí,
quién su auto de fe inamovible
que desde el interior del tiempo
los ojos de luz amarga,
las alas caídas de la boca,
la frente de clima tumultuoso?

Adentro de los espejos
de las viejas habitaciones
alguien su voluntad denodada,
alguien un desesperado esfuerzo
repetido interminablemente,
repetido y no idéntico, no idéntico.

Más allá (De: Cuando las blancas alas de la muerte. 1995)

Después de las enfermedades
de impenetrable diagnosis,
después de sahumeros y ritos,
de infusiones con hierbas proscritas,
después de la imposición de manos,
de los vaticinios y apotegmas
de las plañideras en trance,

y aún después de la extremaunción,
aún después de la cruz y la estola,
cuando el óleo cancelando el mundo
y el incienso ahuyentando demonios,

más allá de las últimas deprecaciones,
más allá del cortejo cabizbajo,
más allá del descenso horizontal
a un océano intrascendible
en la nave hermética depositada,

y aún más allá del luto y el desgaste,
más allá de los sueños funerarios
devolviéndolo a la efímera existencia...

Hermanos, el aire de los cementerios,
su atmósfera tan extraterrestre,
tan con olor a perfume abolido,
o a existencias rotas transcurriendo,
tan como del mundo de los sueños,
de los sueños de otoño en noches de luna...

Como si el peso de tanta luz extinta,
como si la reunión de tanto exilio,
como si tanto desvarío de los deudos...

Como si después de estertor y agonía,
como si más allá del desenlace,
como si aún las flores trascendidas...

Como si nunca, nunca, y sin embargo,
como si una lucha contra el destino...

Lámpara (de: Cuando las blancas alas...)

Lámpara de la luz
la plétora de la espiga,
el regocijo del pan,
la opulencia de la harina.

El esplendor de los granos,
la embriaguez de las gavillas.

Lámpara de la lumbre,
lámpara de la vida.
Lámpara de la madurez,
del vértigo de la semilla.

Del delirio cereal,
del frenesí de la trilla.

A la apoteosis del trigo
la luz de urdimbre florida,
la lumbre de sol a sol,
el milagro de la vida.

Lámpara de la fluidez,
lámpara ininterrumpida.

Bajo el prodigio cereal,
bajo la selva bruñida,
cataclismos y derrumbes,
osamentas sumergidas.

Miles de existencia rotas
comunicando la vida.

Miles de cráneos roídos,
miles de alas abolidas,
miles de cuerpos extintos
transmigando a las espigas.

Lámpara de la luz
desde la luz extinguida,
desde el reino de la muerte,
desde las muertas gavillas.

Lámpara de la eternidad
por la muerte concebida.

Hermanos poetas (de: El Transeúnte de Barcelona. 1977)

Para que una gota de claro cristal,
para que la azul clarividencia
del agua oracular en la gruta
siga elevando la estalactita
en su milenaria catedral fulgente;

para que ese río subterráneo,
para que esa corriente eterna
con su caudal de silenciosas piedras
murmure aún su húmedo canto
de misteriosas sílabas rupestres;

para que de las calladas paredes,
de su silencio pétreo estremecido,
una chispa de mineral sabiduría
arda como la yesca en la oquedad ciega
e inflame el vacío de su idioma crujiente;

para que el frío de invisible trama
cristalice en sus ásperas aristas,
y detenga en el aire todos los vuelos
quebrantando el espacio sepulto
con su rigor de asceta implacable...

Hermanos poetas, para que algo,
para que algo bajo la tierra
quiebre la dura verticalidad
de este pequeño dios hecho hombre,
de este minúsculo ser deificado...

Sí, para que la estalactita continúe,
para que la piedra austera solloce,
para que el frío tienda sus redes,
para que esa corriente eterna fluya,
para que el agua cante, cante, cante.

Cazador a oscuras (de: El transeúnte de Barcelona)

¿Y es que tal vez la poesía
sólo desde las cosas muertas,
desde lo que el tiempo ha desvirtuado,
nutrido de esa incierta carroña?

¿Es que tal vez el poeta
amargo cazador de imágenes
en la espesura de la bruma,
hurgando en las ruinas a ciegas
de los años roturados?

¿Es que tal vez la letra,
la música de las sílabas
erigida de difuntos,
de cosas, rostros y besos
irrecuperablemente muertos?

Al atardecer, en otoño,
el vate oracular sacudido
de su profético don a obscuras,
al desván con su paso en trance,
iluminado de luz sombría.

Cartas, amuletos, cuadernos,
lámparas de seco pabilo,
daguerrotipos iluminatorios,
borrosos rasgos ya transcurridos,
asidos al tiempo dramáticamente.

En el transcurso muerto el poeta,
en el transcurso fijo en cartas,
en reliquias de marchito aroma,
en raídas actitudes
asiéndose a las fotografías,

ay, en el transcurso muerto
el vate un cazador de sombras
en sigilo por los años
revueltos en viejos baúles,
casi sacerdotal en la espesura.

¿Y sólo desde allí la poesía,
sólo desde el tiempo replegado
al interior de raídas cosas,
aquejado el creador de sueños,
de crueles sueños nunca existidos?

Jirón de juventud (de: Libro de amor en invierno.1995/6)

Jirón de juventud
en los cuadernos.
Ayer el tiempo azul,
ayer los sueños.

Por el renglón la mano
nerviosa caligrafía:
conmoción de antaño
para la poesía.

Para los viejos sueños
de aeda errante:
la lluvia en invierno
la única madre.

En aquellos cuadernos
polvo y melancolía,
prematureo silencio,
largas vigiliás.

Largas travesías
por mustias calles:
al final la poesía
tu propia madre.

Jirón de juventud
del tiempo roto:
para el olvido tú,
de los sueños el polvo.

Lobos (de: Libro de amor)

A través del invierno
con apretados labios,
perseguidos de aullidos
y de fríos mordiscos,
tremolando en la relente
con todas las cuerdas,
sonando hundimientos,
capitulando en el aire.

Desde lejos los lobos
su distante amenaza,
su furia de grises bestias
olisqueando su presa,
lentos en la maraña
de finísimos estambres,
irreales en la línea
turbia del horizonte,
lejos en ti aullando.

Tu pequeña mano, Claire,
tu mano en la marisma
de espesas bocanadas,
en esta densa selva
de ráfagas y oleadas,
de impenetrables nubes
cerrándose en torno a ti,
ahogándote en ceniza.

Tu mano con señales,
tu mano con claves
sólidas, inconfundibles
aún en este eclipse
de todo lo real,
aún en este antro
de cenagosos sueños.

Tu mano que aullidos,
tu mano que los lobos
de apagados ojos
dentro de ti mirando,
persiguiéndote por dentro.

En algún lugar
del invierno inmenso,
en alguna ráfaga

de su torbellino,
tú y yo pesadamente
huyendo sin rumbo,
mordidos de frío.

Tú y yo a la deriva
en los riscos de enero,
tremolando en el aire
cual febriles guitarras,
hundidos en algún sueño.

Domicilios muertos (de: Domicilios. 1996)

El corazón pesado
de viajes y evocaciones,
de muchachas desnudas
ahogándose, inconclusas,
de amigos al borde
del vino hospitalario,
de calles interminablemente
recorridas y reanudadas.

Un latido en falso,
y grises bandadas
su agorero graznido
desde vaporosos bosques
o islas emergiendo de los sueños.

A la entrada del otoño
los domicilios muertos,
las puertas clausuradas,
las ventanas ciegas.

Sólo el corazón su lucha
de jinete suicida
por fechas y acontecimientos,
por rostros y utensilios
colgando de las paredes,
familiarmente adustos.

En los aledaños
los vecinos difuntos,
los nombres borrosos,
el perfume destruído.

Ningún testimonio,
y el corazón pesado,
pesado con su bagaje
de inútiles pañuelos,
de rostros amortajados,
de infieles domicilios.

Detrás de las máscaras (de: Máscaras y Rostros. 1996)

Detrás de las máscaras
y de los rostros,
detrás de las actitudes
y de las decisiones,
más allá de la dulce voz
o del rictus amargo,

en el torbellino gris
de la difusa conciencia,
alguien o algo su actividad,
alguien en los abismos
su insondable persona,
su anónima identidad.

Clandestino ser a ciegas,
itinerante entre imágenes,
deambulando por el subsuelo,
inaccesible timonel
cuyo derrotero rutas
que el ojo abierto infructuoso,

¿dónde mi brumoso rostro,
cuál mi máscara tensa
entre tantas máscaras?

Algún día descender
por fin a los abismos,
y mirar de frente
tu huidiza identidad,
tu desgarrada persona.

Y regresar del sueño
con un niño roto
llorando en los dormitorios,
edificando su máscara.

A medio camino (de: Centinela. 1997/98)

Un mendrugo de ingravidez,
una yacija de párpados
aprisionando mis huesos,
un sepulcro, oh, un sepulcro
abierto en el reposo,
velado por los planetas.

Tardío el jinete,
tardíos los cascos
de su cabalgadura.
Hora. ¿Qué hora? ¿Qué vigilia?
Una aldea, pero ojos muertos,
un atajo, y lejos, muy lejos.

Así el humo en los bosques,
así la serrín
en los aserraderos.
O las setas pasmadas,
clavadas en su asombro
en la impávida orilla.

Las torres gemelas,
su ejemplar obediencia,
su duración de piedra.

Su impalpable hastío,
su vigilia sin noción
sobre campanas y misas.

Tarde a medio camino,
siempre a medio camino
entre nunca partir
y no llegar nunca.
Entre el jinete en vela
y las portentosas setas.

Y ni un mendrugo de mudez,
ni un aleteo de párpados
hacia el silencio muerto.

Contigo (de: Centinela)

Contigo en el amor,
contigo cuerpos desnudos
el roce del pedernal,
incendio de pastizales,
vorágine, propagación,
crepitante estampida
de llamas entre tú y yo.

Por un río en fuga,
por una corriente aprisa,
aprisa, alígera, rauda,
tú y yo, amor, nosotros,
girando en el agua, girando,
girando en el torbellino
de nuestro abrazo, abrazados.

En nosotros penetrar,
en nosotros extinguirnos
y volver a comenzar,
caer al fuego ritual
y sumirnos en sus lenguas,
en su catarsis mental.

En un río en llamas, esposa,
en un torrente cósmico
de vertiginosas estrellas
revolviéndose, incendiándose,
naufragando en el deseo
y volviendo a crepitar.

Contigo en el amor,
contigo en la eternidad
del pedernal en roce,
de la espiga en plétora,
derramada en harinas
de incendiaria combustión,
ardiendo sin tregua,
juntos en un sólo haz.

Creación (de: Cítara. 1999)

Temprano el día
su immaculado color
de planetaria luz errante
pegada a los cristales.

La primavera triunfal
en el desplegado iris
otra vez rejuvenecida,
otra vez doncella en flor
en el polen irradiada
y en el polen reunida.

Estridencia solar
la calidez planetaria
con su espectro en llamas
congregado en la tierra.

Lleno el día, pues,
ahíto de su luz,
y luz el idioma astral
mencionando las cosas.

Desplegada luminosidad,
no sería tu euritmia
ni tu magnificencia,
no sería el prodigio
de tu ropaje en llamas
ni tu crepitante pedrería

si no en su soledad
la poesía,
si no el vate en su celda
tejiendo y destejiendo,
armando y desarmando
la trama del idioma,
inmolándose en sus llamas.

No existiría tu luz,
día de iridiscencia,
si no el poeta a solas
imaginando el mundo,
creando lo aún increado,
dándole nombre a las cosas.

Fruto (de: Cítara)

De ninguna rama el fruto
maduro, en plena sazón,
de ningún horario su hora,
y de ningún calendario
su fecha de extinción.

Disgregado y cóngrego,
sólito-insólito, afín
y desafinado en sí
dentro de su informe forma,
único en su repetición.

De ningún árbol arbóreo,
de ninguna raíz radical,
sólo con su pecíolo
colgando del infinito
y dejando ya de colgar.

Y maduro, en plena sazón,
en plena leche inhóspita,
en pleno zumo célibe,
en plena plenitud frugal.

Procesión (de: Madre oceánica. 1999)

Ya inalcanzablemente
escaleras abajo,
la procesión de rostros
perdiéndose en la niebla
del vaho marino,
la procesión de seres
afiliados a mí, y extraños,
sangre de mi sangre, y ajenos,
internándose en la latitud
de brumosas distancias.

Tal vez llegaron tarde,
o no rompieron el ruido
ritual de las paredes
donde los otros huéspedes
colgaban. detenidos,
o no pertenecían
ni eran, tan sigilosos
cruzando los pasillos,
a esa hora pálida
de ningún reloj,
de ninguna tarde.

O tal vez las largas fiebres
de invierno, bajo el ruido
áspero de la lluvia,
y el narcótico vapor
de amargos brebajes
y pócimas vesperales...

Sí, tal vez no llegaron,
tal vez nunca estuvieron,
ni fueron, ni volverán
con sus rostros apenas
discernibles en la lobreguez
de los lóbregos pasillos.

Espumas (de: Madre oceánica)

Devastadora magnitud
de espumas irredentas
señalando en su altura
de atronante contorsión
el límite de la sal,
la extensión de su ira.

Desde aquí navegaciones
hacia los siete mares,
desde aquí barcos fantasmas
atravesando la niebla,
y tripulantes pálidos
buscándose en cada puerto,
rastreado sus raíces.

Oceánica majestad
aromada de espumas,
atravesada por ráfagas
de sal centelleante,
cruzada por rachas
de huracanado soplo
de la Oceanía.

Puerto longitudinal
en los escabrosos riscos
del océano iracundo,
de tu crujiente estandarte
sólo una hebra de sal,
sólo un ruido planetario
de aguas enardecidas,
para este náufrago asido
a un madero tambaleante.

Sólo un rapto de espumas
depositando en el viento
sus minerales velocidades,
sólo una cascada de aguas
desplomándose del sueño,
para este nauta atascado
en su naufragio terrestre.

Una ola inexorable,
la crujiente magnitud
de sal oceánica
en el viento quebrantándose,
para éste, tu hijo ausente,

para este tripulante
de tus naves perdidas.

Devastadora inclemencia
de espumas desprendidas,
de mar ensordecedora
señalando en su requiebro
mi temblorosa ausencia.

Vaho natalicio (de: Lumbre. 1999)

Donde mi vida envuelta
en oracular misterio,
donde mis pasos desarraigados
en torno a su propio rastro,
en torno a perdidas huellas...

Donde ni siquiera tú, Claire,
ni siquiera las orientaciones
de tu insistente lumbre
rodeándome de sonoro cristal,
integrando mi desintegración
en su destino de orden y arraigo...

Cansado el vigía insomne
al borde de la mar eterna,
cansado en los caminos prófugos,
cansado en los riscos atalayas.

Cansado en los calendarios
deshojándose en el vacío
de hojas lentas prorrupciones,
de oro mortuorio reiterado.

Un marinero exhausto
al azar de los siete vientos,
extraviado en la luz equívoca
de inequívocas constelaciones,
inconmovible en su incertidumbre,
oracular en su délfico misterio.

Y ni siquiera tú, Claire,
ni siquiera tu lumbre, esposa,
allí donde mi vida envuelta
en natalicio vaho otoñal,
y en torno los mismos pasos,
y las mismas huellas por la mar.

Himeneo (de: Lumbre)

Abierto en dos el pentagrama
de tu lírico desborde nupcial.
Vate, tu noche de bodas con la Musa,
ahora, sobre el tálamo invernal.

Ahora, ante el niveo panorama
de espumosa pompa derramada,
tu himeneo en el altar del frío
ardiendo en arrebatos incendiarios.

Tu música sublime equilibrada
en el andamiaje de alfabetos
de la raíz del habla rescatados,
floridos de inéditos acentos.

Ofrecida en cruz tu núbil musa
sobre el lecho nupcial engalanado.
Vate, por su piel pura las trazas
de tu tatuaje a besos profanos.

Por el pentagrama en dos abierto
tu himno délfico de audaz cetrería,
tu lírico desborde en el invierno,
tus bodas con la luz apolínea.

Afrodita (de: Megalítica. 2000)

Así caídos tus párpados,
así clausurada a la luz
tu fría vida sin vida,
desnuda entre las estatuas,

en vano mis tibios dedos
deslizándose por tu piel
su arrobamiento de escultor ebrio
en el tránsito de las formas.

En vano mi boca hambrienta
sobre tus mármoleos senos,
en vano mi loco deseo
su fuego en torno al fuego yerto.

En un único movimiento
paralizada, en el acto
de desatar tu desnudez
sobre el tálamo silvestre,

caerías a la hojarasca,
y crepitarían las hojas secas,
muda, si no suspendido
del cincel tu cuerpo ebúrneo.

Así suspensa entre la rigidez
y el deseo, entre el fuego
y el frío eje curvado,
en tu cuerpo yerto la lucha
de dos enemigas fuerzas.

Y así tus párpados caídos,
así clausurada a la luz,
tu vida ninguna vida,
y ningún arrobamiento el deseo
de mis dedos infructuosos
por tu cuerpo deslizándose.

Calendario solar (Stonehenge) (de: Megalítica)

Piedra del calendario solar
en el solsticio incendiario,
erguida hacia la inmensidad,
insomne en tu disciplina astral
de centinela planetario.

Anterior al tiempo tu mole
de recio granito urdido
en las ígneas convulsiones,
y anterior a los relojes
tu horario de sol y orificios.

En tu monolítica unidad
de unidades líticas fijas
en torno al ombligo solar,
la angustia de la humanidad
en su orfandad insumida.

La angustia del animal-hombre
desnudo en la magnificencia
del universo sin bordes;
desnudo ante la piedra enorme,
muda en su clarividencia.

Holocausto (de: Nocturnal. 2000)

Si la poesía

sumergida
en su nebulosa
interioridad,
si su canto la ebriedad
de un aeda a solas
con su portentosa
lira pentagramal,

si la poesía,
camaradas
de la desheredad,
nada más que la ansiedad
de voces pasmadas
en su melodía,
y la exterioridad
una minúscula llama
de luz consumida,

entonces de la agonía
el poeta su canción
arrancada,
entonces, camaradas
de nocturna voz
desleída,
la divina poesía
una gota de dolor
atragantada,

y en su propia llama
de insecto suicida,
el vate y su lira
inmolándose en aras
de la poesía.

Conversión (de: Nocurnal)

Tan pronto el hábito de los conversos
toque tu capa agnóstica, en la gruta,
y remezca tu asustada certidumbre,

ya no dormirá tu estoica fatiga
en su yacija peripatética
de acumulado escarnio y abstinencia,
no, ya no deambularás al azar.

Ya no la salvaje libertad erguida
en tu proa de cedro fenicio
por todos los mares de la vastedad,
por todos los lumínicos escollos,
por tu propia inconsistencia numeral.

Tus huesos sobre yacija espartana,
tu espíritu a la intemperie invernal:
carencia la rectitud, la higiene,
carencia la salud mental, erguida
sobre las oceánicas tormentas,
en la proa de la ruda libertad.

Pero tan pronto el hábito de los conversos
toque tu túnica de hermano mendical...

Que tu descalza fe no desfallezca,
que no trepide tu dura persuasión
de pastor errante entre los rebaños,
de agnóstico émulo de Ulises
por todos los mares de la dispersión.

Como regresando (de: Atribularia. 2000)

Como regresando
desde nunca haber estado,
de tierras incógnitas
sitas en ninguna parte,
viejo de permanencias,
enjuto de travesías.

Desde ninguna estadía,
de ningún lugar borrado
de los mapas y la memoria,
trémula la mano
sobre el báculo gastado.

Trasponer el umbral,
penetrar al salón,
mirar a través del cristal,
sentir retumbar el mar,
-¡el mar con sus deidades!

Y cerrar allí los ojos,
apagarme en un rapto
de olas precipitándose
contra mi corazón.

Latitud boreal (de: Atribularia)

Tú a tu latitud boreal,
tú a tu latitud boreal
y a sus estrellas frías
clavadas en la otra orilla.
Yo al oceánico mar.

Yo al oceánico mar
y a sus doncellas tristes
llorando en los arrecifes,
gritando mi nombre de sal.
Tú a tus cordilleras grises.

Tú a tus cordilleras grises,
a los bosques verdecidos
de recia nieve y granizo,
de climas inmovibles.
Yo a la orilla del latido.

Yo a la orilla del latido
aumentando en la pleamar,
sonando su voz maternal,
nombrándome entre sus hijos.
Tú a tu latitud boreal.

Inútilmente (de: Ebriedad. 2002)

Inútilmente llamaría, Claire,
inútilmente golpearía
las aldabas enmohecidas,
las paredes desvencijadas,
las puertas definitivamente
cerradas, definitivamente
mudas en su grandilocuencia,
desgastándose en la memoria.

Inútilmente sacudiría
con mis manos la enramada
del viejo, roñoso membrillo,
inútilmente buscaría
sus magníficos frutos de oro
reluciendo en el sol del otoño.

E inútilmente me detendría
en medio del salón callado
a escuchar las dolientes voces
de quienes ni nombre ni rostro,
de quienes ni extensión ni tiempo,
furtivos por la red del sueño.

Ante el umbral (de: Ebriedad)

Algo parecido a la muerte
lo que mis ojos atónitos,
lo que mi corazón perplejo
en el tránsito a lentas pisadas
de la somnolencia a la desnudez,
del impulso al puro raciocinio.

Espectantes tú y yo ante las puertas
de una casa familiarmente ajena:
aquí hemos estado alguna vez,
desde aquí salimos un día
con nuestro humano itinerario
a cumplir un oscuro deber,
a repetir los pasos cansados.

Ahora ante nosotros la faz
de alguien que en la mudez aguardó,
de alguien que espero a por nosotros
con un dedo sobre los labios.

Desde sí mismo regresa el pastor
con todos sus lobos persiguiéndole,
por todos los días solitarios,
por todas las vacías cabañas,
por todos los hoscas rediles
abandonados de prisa, al clarear.

Bienvenido, hijo de nunca jamás,
he aquí tu nudoso cayado,
he aquí tu polvoriento zurrón.

He aquí tu intermitente rostro
esperándote en los retratos
de alguien que en tus labios su silencio,
de alguien que en tu huir su regresar.

Al atardecer habéis vuelto,
y en vuestras raídas vestiduras
todavía el polvo de caminos
interminablemente largos
hasta este pórtico en la niebla,
hasta la madura desnudez.

No hagáis ruido al cruzar el umbral,
no hagan ruido vuestros pies descalzos

al trasponer la invisible línea
entre el que fuisteis y el que seréis.

Y coged de prisa vuestro rostro
de entre los rostros allí colgados,
tomad un sitio de entre los sitios
y abrid el libro de los destierros.

Porque algo parecido a la muerte
ya en vuestros ojos afligidos,
ya en vuestros labios lapidarios,
ya en vuestro corazón reencontrado.

Alguien espera (de: Hermanía. 2003)

En un lejano, lejano puerto
encallado en los mares del Sur,
habitado por fantasmales rostros,
por rostros de oceánica estirpe.

Rostros como mi borrosa efigie,
soplados por vientos, por difuntos,
por espíritus domésticos
habitando porfiadamente
la desquiciada arquitectura,
las casas clavadas en el aire.

¿Quién espera de cara al mar,
de cara al delgado horizonte
gastado por viajes, por barcos,
por tempestades, por sueños,
quién espera, quién sigue esperando?

Cientos de tormentas desde entonces,
cientos de pulmones eólicos
soplando su gigantesca ira,
hundiendo barcos, arrojando
al fondo de la mar airada
a los hijos de la alborada.

¿Quién aún allí, qué figura
de perfil como mi efigie,
de casi irreconocible faz,
sentada frente al océano,
esperándome, esperándome?

Más allá del tiempo, viajero,
más allá de las tierras arduas,
de islas, istmos, archipiélagos,
más allá de las constelaciones,
de timones, hélices, sextantes,

y más allá aún, tramontana,
detrás de enormes cordilleras,
de enormísimas masas terrestres
rodeadas de extensión salada,

oh, más allá de la vida
y de la muerte, sin sitio,
sin memoria ni domicilio,
colgando del azar y del sueño,

tú, tu presencia itinerante,
tu identidad apenas visible
en papeles de letra muerta,
en fotografías borrándose,
en pisadas hacia el olvido.

¿Quién te espera, entonces, sentada
frente a la inmensidad oceánica,
con sus ojos de niebla clavados
en el horizonte testimonial,
en la línea de delgada bruma?

Tal vez sólo el viento errante,
tal vez tus fantasmas filiales,
tal vez la sombra del primer amor,
tal vez el sueño, tal vez nadie.

Tal vez ese puerto una nave
encallada en tu infancia, hundida
en tu irrecuperable memoria,
sepulta bajo un océano astral.

El pozo (de: Hermanía)

Si arrojas una piedra al pozo,

y esperas, y esperas, y esperas,
esperarás en vano, esperarás
toda una vida, todas las vidas
de quienes allí estuvieron, de quienes
bebieron, como tú, del agua,
bebieron del agua y testimoniaron,
atrapados en la complicidad.

Allí en el fondo, donde tu imagen
quedó atrapada, con las imágenes
de quienes allí se asomaron,
de quienes se inclinaron a beber,
y bebieron agua, ansiedad, dolor,
y bebieron sucios secretos de amor,
bebieron imágenes habitadas.

Alguna vez, en sumo sigilo,
te acercaste al pozo, al atardecer,
o más tarde aún, cuando la luna
lucía hipnótica sobre el agua,
y asomaste tu rostro iniciático
al abismo de la iniciación,
y allí estaban, allí estaban ellos,
yuxtapuestos hasta el primer día.

No sólo el agua, varón inconcluso,
no sólo la linfa vital
arañada de la dura tierra:
allí también la unidad tribal,
el ajuar de llaves y contraseñas,
el secreto libro generacional.

Ahora regresas a la edad,
te acercas en sigilo a la noria,
te inclinas sobre el gastado brocal,
y arrojas una piedra al fondo,
y esperas, y esperas, y esperas.

Así esperarías toda una vida,
así esperarías todas las vidas
de tus cómplices allí ahogados,
de tus deudos en la conjuración,

esperarías en vano, hermano,
esperarías una eternidad.

El agua está aún allí, callada,

pero esa agua ya no es el agua,
tu imagen vuelve allí a reflejarse,
pero esa imagen ya no es tu imagen,
la luna te mira desde el fondo,
pero esa luna ya no es la luna.

Si regresas al hogar, viajero,
y llamas en alta voz, en los cerros,
y golpeas con ira las aldabas,
y repites las señales secretas,
y te acercas al pozo taciturno,
y arrojas una piedra a sus aguas,

nadie te responderá, viajero,
nadie reconocerá tu voz,
ni reaccionará a tus señales.

Porque ya no eres el que se fue,
ni ellos son los que se quedaron,
y el pozo ya no es el pozo.

Casas al atardecer (de: Anunciación. Ángeles y espadas. 2002)

Casas al atardecer

en ningún domicilio
domiciliadas,
absortas en la transición
de la claridad menguante
a la creciente obscuridad.

Pesadas de maderas
húmedas amamantadas,
de espacios atiborrados
de un espesa magnitud,
hundidas en el paisaje
sus tectónicas raíces,

y tan inconsistente
su ceñuda gravedad
poblada de ventanas,
tan de viaje por el aire
con su irreal tripulación
de vidas vesperales.

A ningún destinatario
las cartas ultramontanas
caídas a tu cuarto oscuro,
y ningún mensaje el humo
de naves navegando
en la mar crepuscularia.

Sencillamente casas
al atardecer dispuestas
en la realidad migrante,
en las hilachas de luz,
en la vaguedad del día
irreal tambaleante.

Rebelión (de: Anunciación)

Desplómese de pronto el firmamento

con la rutilante metalurgia
de su sideral orfebrería,
derrúmbense de una sola vez
los mudos custodios orbitales,
rompan su rígida disciplina
de inmovibles cuerpos celestes
girando en torno al flamígero sol.

Hágase el caos en ti, universo,
sacudan su esclavitud las esferas
fijas en tu orden desde el principio,
desobedezcan, descarrilen, vuelquen,
sálganse de madre los torrentes
de millones de ínfimas estrellas
cogidas en la centelleante cauda,
inflámese tu inmarcesible imperio
de una total rebelión planetaria,

agítense tus constelaciones,
salte en pedazos la Vía Láctea,
diasporícese Andrómeda en briznas,
en luciérnagas de indócil vuelo,
desunza el Auriga su carro,
rujan las Osas su emancipación,
estalle en su servil totalidad
la relojería del orden celeste,

y todo vuelva, Padre, a comenzar,
un nuevo orden nazca del caos,
un orden que nunca más transgreda
tu inverosímil siervo terrestre,
tu pequeñísimo automonarca,
el ínfimo dios irreverente.

